

*Homilía de D. Ambrosio León Herráez,
Capellán de la comunidad,
en el 15^o aniversario del fallecimiento
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,
03 - 08 - 2019*

Queridos sacerdotes concelebrantes,
Querida Madre Abadesa y Comunidad de Monjas Concepcionistas,
Queridos hermanos.

Nos hemos reunido hoy en este monasterio en el 15 aniversario del fallecimiento de nuestra querida Madre Mercedes de Jesús acaecida un día como hoy, en este mismo monasterio, en 2004.

No vivimos este día con tristeza, ni tan siquiera con añoranza, vivimos este día con gran esperanza y también, por qué no decirlo, con alegría. Hoy celebramos el día en que Madre Mercedes murió para este mundo y empezó a vivir para Dios y con Dios, de la mano de la Madre Inmaculada.

En primer lugar, quiero agradecer a la Madre Abadesa, sor María, la confianza puesta en mí para presidir esta Eucaristía tan importante para la Comunidad. Sé de vuestro cariño hacia la Madre y de vuestros esfuerzos porque su persona, su carisma, su figura y su legado sean conocidos por cuantas más personas mejor. Espero que estas palabras sean una pequeña y humilde, aunque torpe aportación por mi parte.

A través de su biografía, a la que haré referencia muy sucintamente, quiero destacar algunos aspectos de la vida de Madre Mercedes que creo son muy importantes de cara a nuestra vida cristiana y que quiero que sea una reflexión por nuestra parte.

En primer lugar, quiero destacar el ambiente familiar en que se desarrollaron los primeros años de la vida de Madre Mercedes. Madre Mercedes nació en Salamanca el 29 de marzo de 1935. Sus padres, Ildefonso y Carmen la llevaron a bautizar el 21 de abril en la iglesia de Sancti Spiritus. Toda la infancia de Madre Mercedes transcurrió en un ambiente profundamente cristiano y que marcará su camino. De su madre aprendió a conocer la existencia de Dios, ya que la educaba cristianamente y en reciedumbre de espíritu. En un ambiente de inocencia, bondad, pureza, piedad, iba creciendo Madre Mercedes... pero a la vez también, comprendiendo el valor del sacrificio, sufrimiento y desprendimiento, pues le tocó vivir los años de la posguerra, donde se carecía de todo, sobre todo de alimentos.

Sabemos las muchas gracias que Dios y María Inmaculada concedieron a la Madre Mercedes y que ella supo acoger y después responder a la voluntad de Dios y de su Madre. Pero eso fue posible porque en ella su familia había sembrado.

¡Qué importante es la familia en la transmisión de la fe! ¡Qué labor tienen los padres en la educación cristiana de los hijos! Y qué importante que los hijos sepan aprender en

bondad, en ternura, pero también en sacrificio, en sufrimiento, para así ir forjando una vida que luego responda a lo que Dios quiere. Sin duda que la forja como persona de la Madre Mercedes se inició en sus primeros años de vida y en el seno de su familia.

En segundo lugar, quiero destacar de la Madre Mercedes, como la de una mujer que ha sido modelada por Dios a través de tantos acontecimientos en su vida. El Señor la llamó y la fue conduciendo hacia lo que Él quería de ella. A los ocho o nueve años, Madre Mercedes sintió la llamada a la vida religiosa. Por aquel entonces, su madre la ingresó en un colegio de las Hijas de san Vicente de Paul, donde ingresó con una de sus hermanas en 1943 cuando tenía 7 años.

Madre Mercedes no tenía pensamiento para la vida religiosa contemplativa. Desde los ocho hasta los quince, la Madre pensaba en ser misionera y dar sermones a sus negritos, como ella decía. Dios, poco a poco, iría fecundando en su alma lo que ella daría a la Iglesia más tarde desde el monacato: atraer a los hombres al conocimiento y amor del Padre.

El momento de la adolescencia es también reseñable. No pudo acabar los estudios superiores en el Colegio porque la familia se trasladó a Madrid, en busca de trabajo y estuvo ayudando a su padre en la sastrería familiar. Allí en Madrid, se enfrió en la vida espiritual. La predicación de unos Padres Redentoristas en la parroquia obraron una conversión en ella y se acrecentó su deseo de ser misionera. Dos de sus hermanas, en 1950 ingresaron en el convento de Monjas Concepcionistas de la Puebla de Montalbán, Toledo. Ella seguía fija con la idea de ser misionera, hasta que el Señor la derrotó en su propósito cuando fue a la toma de hábito de su hermana mayor. La muerte de su padre la sumió en un gran dolor, pero gracias a la tenacidad de su madre por fin logró entrar en el monasterio en 1953. Años más tarde escribiría: *“¡Cuánto me has sufrido; Señor! ¡Pero a pesar de todo permaneciste fiel en tu don irrevocable cual es mi vocación, y... seguiste llamándome con un amor y una paciencia infinita! Tú fuiste para mí ternura, misericordia, perdón siempre”*.

Nuestra vida, como la de la Madre Mercedes, está siendo modelada por Dios. Él nos llama, nos acompaña en nuestro peregrinar, va guiando nuestros pasos. Y al final, de forma suave, va haciendo su modelo de santidad en nosotros. A nosotros nos toca responderle con generosidad, con un corazón abierto a su voluntad, como la Madre Mercedes. Aunque queramos vivir nuestra vida, porque pensamos que es nuestra, Dios siempre nos tiene preparado un camino de salvación y de santidad para que seamos plenamente felices.

En tercer y último lugar, quiero destacar el legado que nos deja la Madre Mercedes: la vuelta a las fuentes. Su gran obra que a vosotras, Madre Abadesa y hermanas y a nosotros nos toca conservar y divulgar.

Es en el Convento de La Puebla donde Madre Mercedes hizo su profesión solemne el 16 de mayo de 1958. Ya por esas fechas Madre Mercedes, buscó con qué alimentar su alma y echaba de menos la espiritualidad propia de la Orden, y a veces sentía mucha envidia de las familias religiosas que disfrutaban leyendo el espíritu de sus Fundadores.

En 1964 es trasladada al Monasterio de Alcázarde San Juan. Casa pobre de labradores. Allí su madre Abadesa le encarga la realización de un artículo que la Federación había encargado a los Monasterios sobre el espíritu de la Fundadora. Y allí, Madre Mercedes recibe la gracia de conocer el carisma de santa Beatriz de Silva. Esta gracia la dejaría marcada para toda su vida, porque ella vio en este encargo la misión para la que la quería Dios: desempolvar el carisma concepcionista enterrado durante cinco siglos.

Comienza un periodo largo, plagado de dificultades, también de gozos, donde Madre Mercedes, primero como hermana, después como Madre Abadesa desde 1970 trabajó denodadamente por la vuelta a las fuentes. La gracia del Concilio Vaticano II le hizo entender que debería retornar a la ascesis y al espíritu mariano de la Fundadora, ya que la había fundado para el culto, amor y servicio a la Virgen Inmaculada. Todo este trabajo concluye felizmente el 8 de septiembre de 1996 cuando se aprueba desde Roma las “modificaciones” a las Constituciones Generales de la Orden.

Éste es el legado que nos dejó Madre Mercedes, conducida por Dios. La vuelta a las fuentes ha de significar en nosotros la búsqueda constante de la santidad primera que recibimos por nuestro bautismo y buscar la autenticidad en nuestra vida cristiana, apartando todo lo superfluo en nuestra vida y anhelando la profundidad del amor de Dios en nosotros.

Que nuestra querida Madre Mercedes nos ayude a todos a introducirnos en el amor de Dios y a experimentarlo con la profundidad con que ella lo experimentó.

D. Ambrosio León Herráez
Capellán de la Comunidad y Párroco de San Juan, Alcázar de San Juan